

Sara Mesa. La novelista española cierra una suerte de trilogía involuntaria, centrada en relaciones amorosas un tanto perversas.

Ese aire viciado que hipnotiza

POR MAURO LIBERTELLA



Un amor
Sara Mesa
Anagrama
192 págs.

Hace unos años repetíamos, como si se tratara de una verdad inapelable, que la narrativa española había entrado en una especie de proceso terminal, sin signos vitales. Circulaba, en los bares de la *intelligentsia*, un latiguillo repetido: “Desde el siglo de oro que la literatura española anda a los tumbos”. Alguien rompía lanzas por la generación del 27, y tenía razón, pero ese movimiento era igualmente remoto. El asunto es que en los días del cambio de siglo daba la impresión de que la literatura española, alguna vez tan potente, había caído en su propia trampa, quizás en la trampa en la que estaba atrapado todo el arte europeo: un pasado tan frondoso vaciaba al presente, lo volvía insípido.

Pero en la última década –por hacer un corte antojadizo, incluso esotérico– aparecieron varios narradores atendibles, que revitalizaron esa literatura nacional (si la categoría, en épocas de globalización, sigue siendo pertinente). Una de ellas es Sara Mesa.

Un amor es la novela más reciente de la autora, nacida en Madrid en 1976 pero que vive y escribe desde Sevilla (un análisis más detallado y enfocado debería estudiar la manera en que la lengua anadaluz in-semi-na el castellano de Mesa). Ya es un hit: se vendió a ocho lenguas, y un grupo cada vez más amplio de lectores devotos –*fans*, los llamamos en el rock– esperan sus libros con una cierta ansiedad. En varios sentidos, *Un amor* podría ser el cierre de una suerte de trilogía involuntaria de Sara Mesa, junto con *Cicatriz* y *Cara de pan*; son sus libros más “exitosos”, eso es cierto, pero también dibujan entre los tres el arco biológico de relaciones amorosas que podríamos etiquetar, acaso, como vagamente perversas. No son *completamente* perversas, y justamente ahí está el punto en el que estos libros son tan atractivos como máquina narrativas: son un poco

darkies pero no son novelas de terror ni de suspenso; juegan en el borde del realismo, empujan un poquito el límite del verosímil pero nunca se pasan al otro lado. Todo en Sara Mesa parece siempre a punto de explotar, pero la explosión no se produce. Ese efecto es su marca estilística.

Vamos a la trama. *Un amor* es la historia de Nat, una joven traductora que recala en La Escapada, un pueblo que parece salido de una película de Lars Von Trier, una especie de *Dogville* asfixiante en el que Nat busca tranquilidad pero encuentra violencia. Ahí conoce al Alemán Andreas, con el que se va a obsesionar hasta lo tóxico y *Un amor* será, entonces, entre muchas otras cosas, la novela de esa obsesión. Los personajes del libro viven bajo el signo de la idea fija y esa es su cárcel.

Además de sus afinidades temáticas –un tipo de personajes más o menos *border*, una atmósfera algo irreal, una relación desigual–, los tres libros que conforman esta trilogía supuesta de Sara Mesa también están enhebrados por un modo de narrar, en pasado y en tercera persona. En ese sentido, Mesa le da un tratamiento clásico a historias sombrías. Sus estructuras no están rotas ni desarmadas, las tramas tienden a avanzar hacia adelante de manera más o menos lineal y no hay, prácticamente, disquisiciones ni comentarios del narrador, que se limita a enunciar los hechos.

¿Dónde está, entonces, ese aire viciado que hipnotiza, que produce un efecto narcótico? El narrador de las novelas de Sara Mesa tiene algo parco y elusivo pero también contundente y es como si solo así se pudieran contar estas historias. En la literatura a veces ocurre eso: lo perturbador no son necesariamente las historias (es fácil imaginar escenarios truculentos, aterradores), sino la música con la que se escriben.